



---

## Compañero nuestro en el Santísimo Sacramento

---

[  Audio [SoundCloud](#) ]

[  Audio [G Drive](#) ]

Las mayores gracias que ha recibido Santa Teresa han sido, de manera especial, en la misa, en el momento de la comunión. Por ejemplo, el Señor la pidió que fundase el convento de San José después de comulgar en la Encarnación (Vida 32,11); el matrimonio espiritual sucedió cuando comulgaba de manos de San Juan de la Cruz (Cuentas de conciencia 35); acabando de comulgar, le ve a veces con gran majestad (Vida 28,8), etc. Ella está convencida de que la presencia del Señor, la más palpable de las presencias, la encuentra en la Eucaristía. Aunque no escribió un tratado acerca de la Eucaristía, sí que hay algunos capítulos que hablan del Santísimo Sacramento, en Camino de Perfección (33, 34,35), y en el 6 de Las Fundaciones. Muchas veces hace referencia a este misterio. La fe en la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía es tan grande, que se llenaba de consuelo al entrar donde hubiera un sagrario con el Santísimo. Quiere fundar monasterios para hacer casas al Señor, para que se quedase siempre allí sacramentado.

«Nos dimos tan buena prisa, que cuando amanecía, estaba puesto el altar, y luego se dijo la misa. Esto bastaba para tomar la posesión ... pusimos el Santísimo Sacramento. Yo estaba muy contenta, porque para mí es grandísimo consuelo ver una iglesia más adonde haya Santísimo Sacramento» (Fundaciones 3,9-10).

En ejercicios espirituales, donde venimos hablando de remedios para quitar de sí las afecciones desordenadas y después buscar y hallar la voluntad de Dios, la Santa nos habla de este remedio: la presencia de Jesús Sacramentado, que nos ayudará a ese fin, a hacer su voluntad.

«Si nos aprovechamos bien de su compañía, pues no se queda para otra cosa con nosotros sino para ayudarnos y animarnos y sustentarnos a hacer esta voluntad que hemos dicho se cumpla en nosotros» (Camino de Perfección -autógrafo de Valladolid- 34,1).

Ser cristiano es creer en Cristo que está realmente presente en la Eucaristía. El cristianismo se inicia con la Encarnación del Hijo de Dios que «*se hizo carne, y acampó entre nosotros*» (Jn 1,14). Ser cristiano en tiempo de Jesús era aceptarle y seguirle como Mesías enviado del Padre. Recordemos siempre que el centro del cristianismo no es una doctrina, sino la Persona de Jesucristo resucitado.

«Quién nos quita de estar con Él después de resucitado, pues tan cerca le tenemos en el Sacramento, adonde ya está glorificado. Hele aquí sin pena, lleno de gloria, esforzando a los unos, animando a los otros, antes que subiese a los cielos, compañero nuestro en el Santísimo Sacramento, que no parece fue en su mano apartarse un momento de nosotros» (Vida 22,6).

Jesucristo está presente entre nosotros en la Eucaristía. No se nos habría ocurrido cosa semejante: todo un Dios Creador, se hace hombre y se queda bajo especies de pan y de vino, algo tan común,



que no se nos hubiera ocurrido ni pensarlo, y menos aún creer que pudiera ser posible. ¡Dios hecho pan y poderlo comer cualquier pecador!

«Cuando yo veo una majestad tan grande disimulada en cosa tan poca como es la Hostia, es así que después acá a mí me admira sabiduría tan grande, y no sé cómo me da el Señor ánimo ni esfuerzo para llegarme a Él» (Vida 38,21).

Pero Dios, que es nuestro Padre, por nosotros lo ha hecho posible. Como en otro tiempo, hace ya dos mil años, apareció el Verbo, el Hijo de Dios hecho hombre sobre la tierra, y llevó una vida oculta, escondida en Nazaret, en casa de José. Así ahora el Verbo Encarnado, Dios y hombre, oculto y presente bajo las especies eucarísticas, verdaderamente habita con nosotros, en los sagrarios de las iglesias de nuestros pueblos y ciudades, llevando una vida de retiro, escondida, de silencio y recogimiento, verdaderamente divina. Y como Jesucristo en otro tiempo, en el transcurso de su vida pública visitó los pueblos y ciudades de Palestina beneficiándoles a muchos necesitados de mil maneras, así también ahora Cristo, Pan vivo, visita y no ya los pueblos y ciudades, sino los pechos de los fieles en la sagrada comunión, impartiendo los riquísimos frutos de su presencia en cada uno de los hijos de Dios. Y como en otro tiempo Jesucristo muriendo en la cruz se ofreció a sí mismo en sacrificio derramando su sangre para salvarnos, así cada día en nuestros altares, en la Santa Misa, Él se sigue ofreciendo, para que nunca falte a su pueblo la hostia de alabanza, y para que aquel sacrificio se haga presente a todas las generaciones.

«Creador mío, ¿cómo pueden sufrir unas entrañas tan amorosas como las vuestras, que lo que vuestro Hijo hizo con tan ardiente amor por cumplir vuestra voluntad, pues que le mandasteis que nos amase, sea despreciado por estos herejes que profanan el Santísimo Sacramento y le quitan sus posadas destruyendo iglesias? ¿No bastaba, Padre eterno, que no hubiera tenido donde reclinar la cabeza mientras vivió en este mundo, siempre sumergido en tantos sufrimientos, sino que ahora aun le quitan las casas que tiene para convidar a sus amigos a comer, porque nos ve frágiles y sabe que necesitamos la Eucaristía para poder trabajar?» (Camino de Perfección -autógrafo de Valladolid- 3,8).

Necesitamos de la misa en nuestra vida espiritual

«En verdad, en verdad os digo que, si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros» (Jn 6,53). No tenemos por qué envidiar a los primeros discípulos, porque por la misa, está el Señor con nosotros, con una presencia más intensa que cuando vivía en la tierra. El Padre nos da a su Hijo, nos habla en las lecturas y nos alimenta con su Cuerpo en la Comunión. Por esto, debemos hacer de la misa una fiesta, no con ruido exterior sino con intensa alegría interior. Porque es la presencia real de Jesucristo, la base de la vida eucarística. Pocas almas han tenido una fe tan viva como la Santa.

«Tenía tanta devoción y tan viva fe, que cuando en algunas fiestas oía a personas que quisieran ser en el tiempo que andaba Cristo en el mundo, se reía entre sí, pareciéndole que teniéndole tan verdaderamente en el Santísimo Sacramento como entonces, ¿qué más se les daba?» (Camino de Perfección -autógrafo de El Escorial- 61,3).



Esta idea quizás nos habrá asaltado también a nosotros cuando recordamos los misterios de Cristo: el nacimiento, la última cena, la muerte en el Calvario. ¡Quién hubiera estado allí! Así, de haber visto al Niño Jesús en el Portal de Belén, y haberle podido besar, hubiéramos creído más; de haber estado en la Última Cena, y haber podido comulgar de manos de Jesús, lo hubiéramos hecho con más devoción; de haber estado en el Calvario y de haber podido llorar junto a Él, lo hubiéramos amado más. Pero no podemos olvidar que tenemos a Jesús vivo en la Eucaristía. A la Santa le dolía cómo le tratan.

«Y así os ruego yo, hijas, me ayudéis a pedir a nuestro Padre santo -en nombre suyo- que, pues no le ha quedado por hacer ninguna cosa haciendo a los pecadores tan gran beneficio como éste, que quiera su Majestad y se sirva de poner remedio para que no sea tan maltratado; y pues su santo Hijo puso tan buen medio para que en sacrificio le podamos ofrecer muchas veces, que valga tan precioso don para que no vayan adelante tan grandísimos males y desacatos como se hacen en los lugares a donde está este Santísimo Sacramento; que a las veces van allí más con intención de ofenderle que no de adorarle» (Camino de Perfección -autógrafo de El Escorial- 62,3).

Nosotros en la misa podemos ofrecer nuestros trabajos, alegrías, angustias y pedir ayuda para nosotros y los hermanos; conversiones, alivio de enfermos, problemas personales, familiares, etc. Y debemos asistir a misa con las mejores disposiciones que podamos, para que, al igual que los que estuvieron presentes en el sacrificio del Calvario, nos cambie el corazón y la vida. El buen ladrón, el centurión, y los que contemplaron la crucifixión, se arrepintieron. [...] La misa es a la vez e inseparablemente, el memorial sacrificial en que se perpetúa el sacrificio de la cruz, y el banquete sagrado de la comunión en el Cuerpo y la Sangre del Señor. El banquete Pascual. Pero la celebración del sacrificio eucarístico está totalmente orientada hacia la unión íntima de los fieles con Cristo por medio de la comunión. Comulgar es recibir a Cristo mismo que se ofrece por nosotros. [...] Nunca los Apóstoles se pudieron imaginar que en los años que andaban por los caminos de Palestina con Jesús, pudieran gustar de una intimidad con Él como la que se nos da a gustar a nosotros cuando comulgamos. Tratémosle familiarmente, hablémosle y oigamos que nos dice en el fondo del alma, las verdades que nos enseña, los deseos que despierta en nosotros. Dice la Santa:

«Esta persona muchos años, aunque no era muy perfecta, cuando comulgaba, ni más ni menos que si viera con los ojos corporales entrar en su posada al Señor, procuraba esforzar su fe, como veía verdaderamente entrar a este Señor en su pobre posada, desocupábase de todas las cosas exteriores cuando le era posible y entrábase con Él. Procuraba recoger todos los sentidos para que todos entendiesen gran bien. Considerábase a sus pies y lloraba con la Magdalena, ni más ni menos que si con los ojos corporales le viera en casa del fariseo» (Camino de Perfección -autógrafo de Valladolid- 34,7).

**La Eucaristía es alimento del alma, medicina para el cuerpo.** Hoy el mundo está lleno de problemas y parece un gran hospital, repleto de enfermos y, humanamente, no disponemos de medicinas para curarlos. Hemos ensayado todas las formas de gobierno, hemos recurrido a toda clase de reformas y convenios. Todo esto no son más que alivios transitorios y no nos han traído la paz y la curación



anheladas. Sentimos que la raíz de la enfermedad no es externa, sino que viene de dentro. Nos parecemos al enfermo que continuamente cambia de postura para aliviar su inquietud y malestar, aunque reconozca que su verdadero mal no radica ni en la cama ni en la postura, sino en su cuerpo enfermo. Es nuestra humanidad la que está enferma, y ésta no la podrá curar más que un solo Médico: Nuestro Señor Jesucristo. Él, desde la Eucaristía, nos dice: *«Venid a mí todos los que andáis cansados y agobiados, que yo os aliviaré»* (Mt 11,2). En medio de nosotros está el mejor médico del alma, el Señor de la vida, oculto en la Eucaristía,

Al considerar la grandeza de este sacramento, surge enseguida la necesidad de estar bien dispuestos hacia Él. Jesús lavó los pies a los Apóstoles antes de darles a comer su Cuerpo y Sangre, y les explicó que ya estaban limpios, pero quería purificarlos más (Jn 13,10). En la parábola de los invitados a la boda, explica Jesús la máxima limpieza espiritual que se exige para comer de este banquete: *«Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin el vestido de boda? Él enmudeció. Entonces el rey dijo a sus ministros: atadle de pies y manos y arrojadle a las tinieblas exteriores; allí habrá llanto y crujir de dientes»* (Mt 22,12-13). Al que no lleva el traje adecuado, lo expulsa a las tinieblas, y nos hace entender, la pena merecida por no tener las debidas disposiciones para comulgar. Es algo tremendo también para la Santa.

«Y cuán recia cosa es tomar este Santísimo Sacramento indignamente, y cuán señor es el demonio del alma que está en pecado mortal» (Vida 38,23).

San Pablo recuerda: *«Quien coma el pan o beba el cáliz del Señor indignamente, se hace culpable de profanar el cuerpo del Señor. Examínese, pues, cada uno a sí mismo antes de comer el pan y beber el cáliz, porque quien come y bebe sin discernir el cuerpo, come y bebe su propia condenación»* (1 Cor 11,27-29). Tengamos ansias como la Santa.

«Algunas veces me vienen unas ganas de comulgar tan grandes que, aunque me pusieran lanzas en los pechos, pasaría por ellas» (Vida 39,22).

Podemos ofrecer la comunión por nuestros familiares, amigos, los pobres, enfermos, pecadores, difuntos, etc.

«Viniendo el sacerdote adonde habíamos de comulgar, con el Santísimo Sacramento en las manos, llegando yo a recibirle, junto al sacerdote se me representó el caballero que he dicho, con rostro resplandeciente y alegre; puestas las manos, me agradeció lo que había puesto por él para que saliese del purgatorio y fuese aquel alma al cielo» (Fundaciones 10,5).

Cuántas comuniones hay rutinarias y de cumplimiento; de ahí, la poca santidad en la mayoría de personas de comunión diaria. Aborrecía la Santa las comuniones de cumplimiento, de las que se saca muy poco.

«Por cierto, pienso que si nos llegásemos al Santísimo Sacramento con gran fe y amor, que de una vez basta para dejarnos ricos, ¡cuánto más de tantas! Sino que parece cumplimiento el llegarnos a Él, y así nos hace poco» (Conceptos del amor de Dios 3,9).



Comulgar con frecuencia ha sido el mayor deseo de los santos, y el mejor remedio para perseverar en la gracia.

«Hay grandes secretos en lo interior cuando uno comulga. Es lástima que estos cuerpos no nos los dejen gozar» (Cuentas de conciencia 43).

**Después de comulgar, hay que dar gracias a Dios.** Hay un pasaje en el cual el Señor se queja con amargura de los diez leprosos que curó de lepra, y tan solo uno se volvió a darle gracias. «¿No he curado a diez? Y los otros nueve ¿dónde están?» (Lc 17,17). La buena acogida que le hacía la Santa en cada comunión se la pagaba Jesús con esplendidez.

«Esto pasa ahora y es entera verdad, y no hay para qué le ir a buscar en otra parte más lejos; sino que, pues sabemos que mientras no consume el calor natural los accidentes del pan, que está con nosotros el buen Jesús, que nos lleguemos a Él. Pues, si cuando andaba en el mundo, de sólo tocar sus ropas sanaba los enfermos, ¿qué hay que dudar que hará milagros estando tan dentro de mí, si tenemos fe, y nos dará lo que le pidiéremos, pues está en nuestra casa? Y no suele Su Majestad pagar mal la posada, si le hacen buen hospedaje» (Camino de Perfección -autógrafo de Valladolid- 34,8).

Necesitamos visitar al Santísimo en nuestra vida espiritual. Contaba con dolor, el santo Hermano Rafael, que un día salió de paseo: «*Cuando salí de casa iba algo triste porque iba solo. Era la hora de los espectáculos y me veía como extraño entre la gente. Todos ocupados de los cines y los teatros; y en cambio el Señor esperando solo en el Sagrario... Me daba mucha pena. El mundo no sabe que Jesús está entre nosotros, no sabe que Cristo está en el Sagrario, que no hace más que esperar a que sus hijos vayan un ratito, aunque no sea más que un minuto, a estar con Él. Qué pena*»<sup>1</sup>. Pena, que nosotros debemos aliviar.

«Si habéis de pedir esto cuando estáis mirando una imagen de Cristo, me parece una bobería dejar a la misma persona para mirar su retrato. ¿No sería una necedad que viniera una persona muy querida a vernos, si en vez de hablar con ella, estuviéramos conversando todo el rato con su retrato?» (Camino de Perfección -autógrafo de Valladolid- 34,11).

San Manuel González, el obispo del Sagrario abandonado, también se quejaba con dolor: «*Entorno de esos Sagrarios (abandonados) no hay calor de corazones amantes, ni lágrimas de ruego, ni suspiros de arrepentimiento, ni ayes de necesitados, ni gratitud de reconocidos, ni rodillas dobladas, ni cabezas inclinadas, ni ojos que miran, ni bocas que piden, ni corazones que se ofrecen. ¡Nada! ¿Conocéis algún pobre, algún abandonado en situación más triste?*»<sup>2</sup>.

Es una queja que nos debe preocupar; ¿«*queréis irnos vosotros también*»? (Jn 6,67), y que nos tiene que hacer intensificar las distintas formas de adoración al Santísimo que estén a nuestro alcance. Largos ratos de oración ante el sagrario, exposición del Santísimo, horas santas, adoración nocturna, rezo de horas en la iglesia, participación con mucha devoción en las procesiones del Corpus Christi, el

<sup>1</sup> HERMANO RAFAEL, Obras Completas. Ed. Monte Carmelo. Burgos. 1988. p. 464.

<sup>2</sup> SANTO. D. MANUEL GONZÁLEZ, Obras completas, I. Ed. Monte Carmelo. 1998. p. 58.



---

Jueves Santo ante el Monumento, las comuniones espirituales. El Maestro ha bajado al sagrario y nos llama para que le visitemos, para acompañarle en su soledad, y para que busquemos en Él lo que necesitamos.

Para Santa Teresa era un gran consuelo un sagrario:

«A lo que ahora me acuerdo, nunca dejé fundación por miedo del trabajo, aunque de los caminos, en especial largos, sentía gran contradicción; mas, en comenzándolos a andar, me parecía poco, viendo en servicio de quién se hacía y considerando que en aquella casa se había de alabar el Señor y haber Santísimo Sacramento. Esto es particular consuelo para mí, ver una iglesia más..., tan gran bien para la cristiandad; que aunque muchos no lo advertimos, estar Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, como está en el Santísimo Sacramento en muchas partes, gran consuelo nos había de ser» (Fundaciones 18,5).

†

***Solo Dios basta, ... ¡Ave María y adelante!***